

“I behaved like an animal”: sobre los límites de lo humano y la vida animal en *We the Animals* de Justin Torres

“I behaved like an animal”: About the Limits of the Human
and the Animal Life in Justin Torres' *We the Animals*

“I behaved like an animal”: sobre os limites do humano e a
vida animal em *We the Animals* de Justin Torres

María Teresa Vera-Rojas

UNIVERSITAT DE LLEIDA, ESPAÑA

Profesora Asociada de Filología Hispánica en la Universitat de Lleida. Investigadora de

ADHUC-Centre de Recerca Teoria, Gènere, Sexualitat de la Universitat de Barcelona.

Directora de *452°F. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*. Doctora
en Estudios Culturales y de Género por la Universitat de Barcelona y PhD in Hispanic

Studies por la University of Houston. Se especializa en el estudio de la literatura y cultura

contemporáneas del Caribe hispano y Venezuela, así como en la recuperación y análisis

del feminismo y la producción cultural de los hispanos/as en Estados Unidos durante el

periodo de entreguerras, todo ello en el marco de los estudios de género y sexualidad, la

teoría *queer* y el feminismo poscolonial. Es editora del volumen *Nuevas Subjetividades/*

Sexualidades Literarias (Egales, 2012) y cuenta con diferentes publicaciones en revistas

especializadas, volúmenes colectivos y enciclopedias. Es autora de “*Se conoce que usted*

es ‘Moderna’”. *Lecturas de la mujer moderna en la colonia hispana de Nueva York (1920-*

1940) (Iberoamericana-Vervuert, 2018). Correo electrónico: mariatverarojas@gmail.com

Artículo de investigación

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>

doi:10.11144/Javeriana.cl23-45.ibla



Resumen

El artículo propone que en *We the Animals* (2011), novela de Justin Torres, la vida animal descubre las fronteras artificiales que sostienen el imperio de lo humano y desarticula su “natural” alteridad respecto de las regulaciones biopolíticas que controlan y definen la vida humana. El objetivo es demostrar cómo, a través de las relaciones familiares de los personajes, se desarrolla un espectro de emociones humanas que rozan la animalidad y que nos obligan a discutir la hegemonía de los registros y tecnologías que han normalizado la naturaleza humana como paradigma de la vida y han exaltado su representación en el hombre blanco como eje del pensamiento y sociedad modernas. El análisis se enfoca en dos aspectos: la idea de la relación de lo animal con el mestizaje y con la sexualidad, con el fin último de explorar cómo esta apertura hacia este otro lugar posantropomórfico y poshumano es quizás una alternativa política para pensar los cuerpos y las subjetividades poscoloniales, fronterizas, mestizas y diaspóricas que habitan aquello que se define como el Caribe.

Palabras clave: vida animal; biopolítica; poshumano; alteridad; mestizaje; sexualidad queer; diáspora caribeña; *We the Animals*; Justin Torres

Abstract

The article argues that in the novel *We the Animals* (2011), written by Justin Torres, animal life unveils the artificial borders that preserve the reign of the human, and disarticulates its “natural” alterity regarding the biopolitical regulations that control and define human life. It seeks to demonstrate how the characters’ family relationships express a range of human emotions close to animality. These emotions compel us to challenge the hegemony of the registers and technologies that have normalized human nature as the epitome of life, and that have reinforced its representation through the white male subject as origin and center of modern thought and society. The analysis focuses on two aspects: the connection of the animal to *mestizaje* and its association to sexuality. The goal of the analysis is exploring how this political openness towards this post-anthropomorphic and post-human place could perhaps be considered a political alternative to reflect on the bodies and postcolonial, border, *mestiza* and diasporic subjectivities that inhabit and define what has come to be known as the Caribbean.

Keywords: Animal life; Biopolitics; Post-human; Alterity; *Mestizaje*; Queer sexuality; Caribbean diaspora; *We the Animals*; Justin Torres

Resumo

O artigo propõe que em *We the Animals* (2011), romance de Justin Torres, a vida animal descubre as fronteiras artificiais que sustentam o império do humano e desarticula sua “natural” alteridade respeito das regulamentações biopolíticas que controlam e definem a vida humana. O objetivo é demonstrar como, através das relações familiares dos personagens, desenvolve-se um espectro de emoções humanas que tocam a animalidade e nos obriga a discutir a hegemonia dos registros e tecnologias que padronizaram a natureza humana como paradigma da vida e exaltaram sua representação no homem branco como eixo do pensamento e sociedade modernos. A análise é focada em dois aspectos: a ideia do relacionamento do animal com a mestiçagem e a sexualidade, com o fim último de explorar como essa abertura para este outro lugar pós-anthropomórfico e pós-humano é, possivelmente, uma alternativa política para pensar os corpos e as subjetividades pós-coloniais, fronteiriças, mestiças e diaspóricas que habitam aquilo que se define como o Caribe.

Palavras-chave: vida animal; biopolítica; pós-humano; alteridade; mestiçagem; sexualidade queer; diáspora caribenha; *We the Animals*; Justin Torres

RECIBIDO: 12 DE AGOSTO DE 2017. ACEPTADO: 30 DE ENERO DE 2018. DISPONIBLE EN LÍNEA: 30 DE JUNIO DE 2019

Cómo citar este artículo:

Vera-Rojas, María Teresa. “I behaved like an animal”: sobre los límites de lo humano y la vida animal en *We the Animals* de Justin Torres”. *Cuadernos de Literatura* 23.45 (2019): 73-88. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.cl23-45.ibla>

WE THE ANIMALS de Justin Torres (2011) relata la historia de formación de un niño que, junto a sus dos hermanos mayores, y como en una manada, crece en medio de las violencias de una familia pobre e interracial que vive en el norte del estado de Nueva York. De madre blanca y padre puertorriqueño, el protagonista –un niño que comienza a relatarnos la historia cuando tenía casi siete años– construye un relato fragmentario –como la memoria infantil– de sus experiencias de crecimiento junto a sus hermanos, Manny y Joel, en el que el hambre y la miseria económica, la violencia doméstica, la explotación laboral y la sensación de abandono más que ser solamente presentados como escenarios represivos sugieren otros modos de reconocimiento de la comunidad, a la vez que demandan nuevas herramientas de reflexión para pensar la racialización y sexualización de la vida humana.

Tal como demostraré a lo largo de este artículo, en *We the Animals*, la vida animal descubre las artificiales fronteras que sostienen el imperio de lo humano, y desarticula su “natural” alteridad –la de la vida animal– respecto de las regulaciones biopolíticas que controlan y definen la vida humana, para desarrollar, a través de las relaciones familiares de los personajes, un espectro de emociones humanas que rozan la animalidad y que nos obligan a discutir la hegemonía de los registros y tecnologías que han normalizado la naturaleza humana como paradigma de la vida, y han exaltado su representación en el hombre varón blanco como eje del pensamiento y de la sociedad modernos.

Como parte de las múltiples reflexiones que propicia esta novela, quiero enfocar mi análisis en dos aspectos que dan forma a la fragmentaria estructura de este texto y que explotan los límites que definen lo animal como opuesto de lo humano –de la naturaleza humana y de los dispositivos biopolíticos que naturalizan la vida humana en su legibilidad y control–. Me refiero a la idea de la relación de lo animal con el mestizaje y con la sexualidad.

Por una parte, en esta novela de Justin Torres, autor norteamericano de origen puertorriqueño, la violencia del mestizaje encarnado en los tres niños, nacidos de madre blanca norteamericana –Ma– y padre negro puertorriqueño –Paps–, se manifiesta en el lenguaje –“half breed” son llamados por su padre– y se materializa en el círculo de agresiones y afectos que define la cotidianidad no-normativa de esta familia. Por otra parte, el reconocimiento de la homosexualidad del protagonista es el dispositivo que desarticula la unicidad de la manada, pero también es el hecho que

instituye la alteridad como elemento indispensable en el reconocimiento del yo y del ellos/los animales/los otros en la novela. En este sentido, y como parte de la crítica a la hegemonía de las instituciones biopolíticas, sostengo que, en *We the Animals*, la expulsión del personaje/narrador de su familia debe ser entendida como parte de la violencia que la alteridad ejerce en la comunidad y que constituye un elemento indispensable para su misma supervivencia.

De animales y caníbales: Calibán y la metáfora de la alteridad caribeña

En el contexto de un Caribe que se extiende más allá de sus fronteras insulares, las referencias a Calibán y a la “naturaleza” mestiza de la cultura latinoamericana se convierten en un punto de partida para problematizar los estigmas coloniales y las marcas de los discursos de homogeneidad racial y unidad nacional.

Los discursos acerca de la identidad caribeña han sido construidos desde sus orígenes a partir de la dicotomía humano/animal. El tropo del caníbal/Calibán ha venido a definir, desde la conquista, la alteridad del sujeto moderno: la humanidad animalizada. A partir de entonces, la función deshumanizadora de este tropo sirvió a los discursos coloniales para producir una “diferencia” espectral y representar, a través de la imagen del salvaje, del bárbaro, del negro y esclavo, al otro de la civilización y la razón.

La bestialización de los habitantes del Caribe hizo que las representaciones y las disertaciones en torno a la identidad y el sujeto caribeños se erigieran sobre la necesidad de restituir la humanidad de sus habitantes. Este enfrentamiento, como señala Silvio Torres-Saillant, ha estado en las bases de las reflexiones que los mismos intelectuales caribeños han hecho sobre la identidad y el imaginario insulares:

Caribbean discourse begins its career by confronting the conceptual legacy that conventionally sought to exclude the human experience that the region has witnessed from the narrative of world history as conceived by the imperial scribes in the colonial period and espoused by their descendants, often including voices from the mulatto intelligentsia [sic] in the contemporary era [...]. This outright denial of the Antillean person's potential for greatness in a sense made it incumbent upon native intellects to seek to prove the falsity of the accusation. (113)

Uno de los ejemplos paradigmáticos en este sentido es Roberto Fernández Retamar y la pregunta que, según explica en "Calibán", motiva su reflexión: "¿Existe una cultura latinoamericana?", es decir, "¿Existen ustedes?" (19). Como demuestra Retamar, la pregunta acerca de la identidad en el Caribe ha sido la pregunta por su humanidad, por la autonomía del sujeto caribeño y su cultura de cara a las epistemologías hegemónicas antropocéntricas y europeizantes. Según Fernández Retamar "poner en duda nuestra cultura es poner en duda nuestra propia existencia, nuestra realidad humana misma, y por tanto estar dispuestos a tomar partido en favor de nuestra irremediable condición colonial, ya que se sospecha que no seríamos sino eco desfigurado de lo que sucede en otra parte" (19). La revisitación de Calibán por parte de Fernández Retamar se inscribe en una genealogía de pensamiento que, aún en su disidencia, es heredera del discurso humanista y, en consecuencia, contribuye con la normalización lo humano según parámetros eurocéntricos y normativos de inteligibilidad cultural. De hecho, como señala Ignacio Sánchez-Prado,

El ingreso del discurso calibanesco a las [sic] ideología del latinoamericanismo tuvo que ver no solo con los anticolonialismos de los años sesenta, sino también con las deudas que el trabajo de Fernández Retamar tuvo con la utopía ateniense de Rodó y la *homonoia* de Alfonso Reyes. Sin la profunda reflexión del sujeto americano como sujeto universal de la cultura, el camino hacia la reivindicación de las poblaciones culturales latinoamericanas hubiera sido, sin duda, más tortuoso. (8)

Con Fernández Retamar a la cabeza, la figura de Calibán vino a simbolizar así, a partir de la segunda mitad del siglo XX, una imagen de empoderamiento y resistencia anticolonial y antiimperialista, que reconocía el mestizaje como proceso característico de las culturas caribeña y latinoamericana: "Asumir nuestra condición de Calibán implica repensar nuestra historia desde el *otro* lado, desde el *otro* protagonista" (Fernández Retamar 37, énfasis en el original). Sin embargo, como han señalado numerosos críticos, además de los problemas raciales que presenta la figura de Calibán como repositorio homogeneizador de las diferencias raciales –y, por lo tanto, como símbolo de la lucha de clases y del ideal martiano antirracista–, en las discusiones que han retomado la figura de Calibán se ha cuestionado asimismo la exclusión de la sexualidad de las metáforas acerca de la complejidad racial caribeña. Así también, como afirma Carlos Jáuregui, el tropo calibanilístico reinscribe las dicotomías entre la

racionalidad colonial y la barbarie caribeña, limitando el espectro para las complejas subjetividades que se producen en el espacio fronterizo entre ambas representaciones. Así es posible afirmar que Calibán restituyó la humanidad anticolonial desde el lugar de lo inteligible, por lo que sus límites se hacen evidentes cuando la reflexión se orienta hacia formas de subjetividad que se construyen en la confusión, intercambio y transferencias entre lo animal y lo humano.

¿Desde qué lugar pensar entonces la raza y la sexualidad mestizas y diaspóricas del Caribe? La novela de Justin Torres nos obliga a resituarnos en el componente zoológico que se inscribe en la etimología biologicista de “raza” no solo para restituir el significado animal del término, sino además para politizar el significado normativo de lo humano. Esto se consigue en *We the Animals* a través de la porosidad en las distinciones entre lo animal y lo humano que han regido el control de los cuerpos y de los deseos a partir de binarismos que jerarquizan la racionalidad, el orden, la sociedad, la familia, la raza, la clase, la sexualidad... Dicha porosidad es el principio articulador de una forma de subjetividad que, desde la frontera de una y otra episteme, cuestiona no solo la distinción entre naturaleza y cultura, sino además los mismos límites que definen la inteligibilidad de la vida animal (Giorgi 13).

De esta manera y siguiendo a Gabriel Giorgi, mi lectura de estos desplazamientos parte de la idea de “el animal” como “un signo político”, es decir, como un signo que “cambia de lugar en las gramáticas de la cultura y al hacerlo ilumina políticas que inscriben y clasifican cuerpos sobre ordenamientos jerárquicos y economías de la vida y de la muerte –esto es: los ordenamientos biopolíticos que ‘producen’ cuerpos y les asignan lugares y sentidos en un mapa social–”. Así, “ese animal que había funcionado como el signo de una alteridad heterogénea, la marca de un afuera inasimilable para el orden social [...] se vuelve interior, próximo, contiguo, la instancia de una cercanía para la que no hay ‘lugar’ preciso y que disloca mecanismos ordenadores de cuerpos y de sentidos” (Giorgi 13).

A partir de estas consideraciones, el otro/el salvaje/el puertorriqueño/el niño deviene un sujeto productivo, no solo en una perspectiva que cuestiona los límites y hegemonías de lo humano, sino muy especialmente desde una posición de disidencia que problematiza, por una parte, los significantes de alteridad asociados a la animalidad a través de los que se han legitimado tanto la imposición colonial e imperialista en el Caribe como la discriminación racial de la inmigración puertorriqueña en

Estados Unidos; y, por otra, la manera de concebir la comunidad y su supervivencia, es decir, mediante la incorporación de la alteridad como elemento constitutivo del sujeto y de la comunidad misma.

Extrañezas, indefiniciones, porosidades: sobre los límites de la naturaleza humana y la vida animal en *We the Animals*

En *We the Animals*, la familia vive en un barrio blanco de clase obrera en el norte del estado de Nueva York. Aislada del barrio por su mezcla racial, esta familia construye una comunidad propia marcada por sus propios ritos, prácticas y costumbres, las cuales hacen más compleja la distinción entre lo humano y lo animal. Asimismo, la mirada del niño que narra las historias que componen la novela, lejos de juzgar, nos introduce en experiencias de amor y violencia, o en afectos que no traducen la imagen normativa del amor familiar: es más bien la necesidad de encontrar un lugar en medio de la violencia del padre, la fragilidad de la madre, la precariedad económica y las diferencias raciales lo que determina el escenario familiar en el que crecen los niños.

Es esta misma situación de indeterminación y tránsito la que explica la ausencia de referentes temporales y espaciales reconocibles, además del carácter fragmentario del recuerdo infantil. Por ello, quizás, el primer capítulo –“We Wanted More”– nos introduce en un espacio de caos y destrucción:

And when our Paps came home, we got spankings. Our little round butt cheeks were tore up: red, raw, leather-whipped. We knew there was something on the other side of pain, on the other side of the sting. Prickly heat radiated upward from our thighs and backsides, fire consumed our brains, but we knew that there was something more, someplace our Paps was taking us with all this. We knew, because he was meticulous, because he was precise, because he took his time. He was awakening us; he was leading us somewhere beyond burning and ripping, and you couldn't get there in a hurry. (Torres 2)

Mediante la apertura al deseo insaciable e irracional por consumir, por devorar, por crecer, la dureza del entorno familiar anticipa el dolor que sigue al crecimiento y hace que ingresemos en un ambiente de una armonía cruel, cuyo desenlace distará del rígido control biopolítico que moldea a los seres humanos. Este capítulo constituye una invitación a un

relato, cuyos personajes distan de la seguridad de la familia o de la familiaridad de la domesticidad animal:

Cuando acogemos al animal como “nuestro” animal doméstico –afirma Mónica B. Cragolini–, lo aseguramos como parte de nuestra propiedad, lo tornamos “familiar”. Pero si el otro es acontecimiento, ese otro que es el viviente animal nos coloca en una zona aporética que necesita ser pensada: nos enfrenta a nuestra propia extrañeza y a aquello en nosotros (nuestra pretendida “animalidad”) que es sacrificado en nombre de la “humanidad”. (Cragolini 127)

Este espacio de extrañeza es el que convoca *We the Animals*, una extrañeza no solo ante el sí-mismo, sino ante la diferencia que supone el otro y que nos despoja de la seguridad del yo y de la soberanía de lo humano sobre todo lo viviente (Cragolini 125). Desde esta posición de extrañeza, en el capítulo “Never-Never Time”, el narrador nos introduce en una escena bautismal en la que una madre joven, extenuada por los turnos nocturnos en la fábrica de cerveza y los maltratos y engaños de su marido, participa del instinto lúdico de sus hijos en una violenta escena que revierte el acto de nacimiento, entre tomates, ketchup y cremas:

“Do it to me.”

“What?” we asked.

“Make me born.”

“We’re out of tomatoes,” Manny said.

“Use ketchup.” [...]

And the mallet swung through the air. Our mother yelped and slid to the floor and stayed there, her eyes wide open and ketchup everywhere, looking like she had been shot in the back of the head.

“It’s a mom!” we screamed. “Congratulations!” We ran to the cupboards and pulled out the biggest pots and heaviest ladles and clanged them as loud as we could, dancing around our mother’s body, shouting, “Happy Birthday!... Happy New Year! ... It’s zero o’clock!... It’s never-never time!... It’s the time of your life!”. (Torres 6-7)

Precisamente, lo que se construye en esta novela es una temporalidad alternativa que no está atravesada por horarios ni por formas tradicionales de crecimiento: no solo los hijos dan a luz a una madre, sino que los padres tienen sexo delante de sus hijos y estos crecen a expensas de una alimentación y una educación “normativas”. A partir de la temporalidad

queer de esta familia y de la violencia del límite entre lo animal y lo humano se hace aún más evidente la normatividad a través de la cual se producen las regulaciones biopolíticas de la población, el tiempo y el espacio. Y es que, efectivamente, esta novela explora otros modos de lo común que no se definen a partir de la identidad, sino que se constituyen en su misma indefinición y mestizaje, es decir, en la convivencia de lo otro y lo humano, en la diferencia y el extrañamiento que produce, a decir de Esposito, “una despropiación que inviste y descentra al sujeto propietario, y lo fuerza a salir de sí mismo. A alterarse” (Esposito 31). En esta novela, la familia se erige como una comunidad en la que “los sujetos no hallan un principio de identificación, ni tampoco un recinto aséptico en cuyo interior se establezca una comunicación transparente o cuando menos el contenido a comunicar. No encuentran sino ese vacío, esa distancia, ese extrañamiento que los hace ausentes de sí mismos” (31). En este sentido, no me refiero solo a la entidad familiar, en su mezcla e impureza, sino además a la relación de la familia con el exterior, con aquello humano y normativo ante lo que definen su animalidad y a partir de lo cual se refuerza su alteridad.

En el capítulo “Other Locusts”, los niños llegan al jardín de Old Man –un nombre genérico para definir al hombre blanco que define y clasifica al otro en tanto diferencia– y se comen ansiosamente lo que allí encuentran, ante la mirada de Old Man quien los llama “Animals” o, peor aún, “Locusts” –langostas–. Los niños son, para Old Man, unas langostas que lo devoran todo, por ello los clasifica a partir de nombres que no solo los recluyen en el ámbito de lo salvaje, sino que además los categoriza mediante adjetivos que los recluyen al afuera del orden social:

Then he called us invaders, marauders, scavengers, the devil’s army on earth. (34)

Old Man told us we were on the lam. He had all kinds of names for us, castaways, stowaways, hideaways, fugitives, punks, city slickers, bastards. [...]. He also called us sweets, babies, innocents, poor pitiful creatures. (Torres 35)

En el ensayo “No Humans Involved”, Sylvia Wynter carga contra el sistema clasificatorio con el cual las autoridades –policiales y de justicia– y la sociedad norteamericanas conciben a los negros –y a los latinos negros como extensión de las minorías– como carentes de humanidad, como el otro del sujeto norteamericano. Escrita en respuesta a las protestas de 1992 en Los Ángeles, su misiva buscaba reflexionar acerca de la ideología

deshumanizadora del “No Humans Involved” que impregnaba las instituciones de poder en Estados Unidos e interpelaba a sus colegas académicos a asumir la responsabilidad en la producción de sistemas de conocimiento que perpetuaran la naturalización del hombre blanco como paradigma de lo humano, a costa de la animalización del hombre negro:

How did they come to conceive –se pregunta Wynter– of what it means to be both *human* and *North American* in the *kinds of terms* (i.e. to be White, of Euroamerican culture and descent, middle-class, college-educated and suburban) within whose logic, the jobless and usually school drop-out/push-out category of young Black males can be *perceived*, and *therefore behave towards*, only as the *Lack* of the human, the Conceptual Other to being North American? (Wynter 43, énfasis en el original)

La respuesta de Wynter se articula a partir de la responsabilidad individual y la arbitrariedad de la mirada/saber: “we see each other only through the ‘inner eyes’ with which we look with our physical eyes upon reality” (44). No existe nada previo a la mirada, de allí la pertinencia del concepto “mirada interior” con el que Wynter demuestra la arbitrariedad de los discursos y posiciones que hacen de la identidad norteamericana y del hombre blanco un uno indivisible: “What is our responsibility for the making of those ‘inner eyes’? Ones in which *humanness* and *North Americanness* are always already defined, not only in optimally White terms, but also in optimally middle-class [...], variants of these terms?” (44).

La disertación de Wynter apunta hacia las lógicas arbitrarias que naturalizan la deshumanización del “hombre” negro –y de todo aquello que no responda a los estándares imaginarios/interiores de clase media y raza blanca– y legitiman la violencia deshumanizadora en contra de la raza negra. En este contexto, la inmigración, la raza negra y la pobreza constituyen atributos de lo animal, del otro, de la amenaza ante la estabilidad de la comunidad de iguales en la que se sostiene la superioridad racial norteamericana.

En *We the Animals*, los niños son vistos por Old Man como la violencia irracional a la que hay que temer porque amenaza la subsistencia del yo y de la comunidad de iguales. Desde esta intuición, *We the Animals* cuestiona la idea de una comunidad como “un cuerpo, una corporación, una fusión de individuos que dé como resultado un individuo más grande”, o como “un lazo colectivo que llega en cierto momento a conectar

a individuos previamente separados" (Esposito 32). Ahí reside sin duda la potencia desestabilizadora de la imagen con la que Justin Torres presenta a los niños como langostas, como una plaga que –según la mirada interior de la sociedad norteamericana– lo devora todo. Y, sin embargo, en su misma convivencia, los niños/langostas interrogan la hegemonía de lo humano y con ello ponen en duda la finitud del sujeto y la certeza de la identidad.

Así también, la frontera racial, geográfica e identitaria en la que habitan estos personajes se materializa a partir de un "we" lúdico y empático, que trastoca su intención de congregar la humanidad universal del "nosotros" humanístico para inquietar al lector en la construcción de una comunidad alternativa que deviene del mestizaje entre la bestialidad y la fuerza del padre puertorriqueño, y la fragilidad de la madre blanca.

En una escena en la que la ducha de los niños será desatendida por un "instintivo" encuentro sexual de sus padres frente a ellos, el narrador relata:

We saw everything –how our skin was darker than Ma’s but lighter than Pap’s, how Ma was slight and nimble, with ribs softly stepping down from her breasts, how Paps was muscled, the muscles and tendons of his forearms, the veins in his hands, the kinky hairs spreading across his chest. He was like an animal, our father, ruddy and physical and instinctive; his shoulders hulked and curved, and we had, each of us, even Ma, sat on them, gone for rides. Ma’s shoulders were clipped, slipping away from her tiny bird neck. She was just over five feet and light enough for Manny to lift, and when Paps called her fragile, he sometimes meant for us to take extra-special care with her, and he sometimes meant that she was easily broken. (Torres 45)

La visión como instrumento de conocimiento opera en esta escena para desnudar la intimidad de los padres, pero, además, para exponer la diferencia racial como elemento distintivo de la alteridad entre padres e hijos. Así también, la mirada permite delimitar el escenario de un apareo animal, en el que el padre, en su fortaleza física y bestialidad instintiva, se diferencia de la fragilidad corporal y sentimental de la madre, un ave cuya debilidad la coloca en estado de indefensión y sumisión.

Como usualmente son llamados en la novela, los niños son un "half-breed", el producto del entrecruzamiento entre lo animal y lo humana, entre Calibán y Próspero. Son el resultado de un mestizaje amenazante,

cuyo significado es negativo porque alude a la impureza animal y a la misma forma de regulación biopolítica de los cuerpos, cuyas jerarquías encabezan ciertas vidas humanas. El “half-breed” es ilegible y fronterizo, es una marca racial de indefinición que determina en *We the Animals* la porosidad entre lo humano y lo animal, y desestabiliza los modos de inteligibilidad corporal con las que las tecnologías biopolíticas fijan la identidad de los seres humanos.

En otro capítulo, titulado significativamente “Heritage”, los niños llegan de la escuela y se encuentran a su padre bailando, cocinando y bebiendo, en un estado eufórico que los niños toman con cautela. Al ritmo del baile, se inicia una coreografía, cuyos movimientos eran dirigidos por el padre:

“Now shake it like you’re rich,” Paps shouted [...].

“You ain’t rich,” Paps said. “Now shake it like you’re poor” [...].

“You ain’t poor neither. Now shake it like you’re white” [...].

“You ain’t white,” Paps shouted. “Now shake it like a Puerto Rican” [...].

“Mutts,” he said. “You ain’t white and you ain’t Puerto Rican. Watch how a purebred dances, watch how we dance in the ghetto” [...].

“This is your heritage,” he said, as if from this dance we could know about his own childhood, about the flavor and grit of tenement buildings in Spanish Harlem, and projects in Red Hook, and dance halls, and city parks, and about his own Paps, how he beat him, how he taught him to dance, as if we could hear Spanish in his movements, as if Puerto Rico was a man in bathrobe, grabbing another beer from the fridge and raising it to drink, his head back, still dancing, still stepping and snapping perfectly in time. (Torres 9-11)

La herencia es una transmisión que se produce no solo jurídica, sino también cultural y biológicamente. Los movimientos del padre –Paps, un término que nos interpela desde la universalidad de su impersonalidad– son el legado de una herencia familiar y racial de discriminación y violencias, pero en sus movimientos reside además el carácter lúdico en el que lo humano y lo animal se cruzan: cuando los humanos dicen “esto es juego”, señala Massumi, estos asumen su animalidad. Cuando los animales juegan, estos se preparan para representar capacidades humanas (8). Inmersos en este estado de violencia lúdica, los niños no solo se confunden en la indeterminación, sino que además el mismo hecho de ser

ininteligibles los convierte en una amenaza a la definición estable, histórica y occidental de la vida humana.

En la introducción a *Emerge: 2015 Lambda Literary Fellows Anthology*, Justin Torres explicaba que hubo un tiempo en el que las personas y los escritores *queer* carecían de un linaje fijo, sus nociones de raíces eran imaginadas e intercambiables, forjadas a través de un trabajo de imaginación que figuraba el pasado. En su texto, Torres reclamaba como herencia y linaje a todas aquellas personas *queer* que se atrevieron a luchar, aun a pesar del estigma. La porosidad entre lo animal y lo humano en *We the Animals* constituye una forma de reconocimiento de ese estigma y resignifica el gueto a un lugar fronterizo entre las dicotomías raciales, sexuales y de clase que han buscado organizar y excluir los cuerpos y sexualidades no normativos, pero no para situar lo *queer* en un horizonte de "normalidad", sino para demostrar, a través de las sexualidades disidentes, las fricciones, fugas y dependencias que se producen entre lo humano y su alteridad: "Allí donde Foucault descubrió el umbral en el que las tecnologías biopolíticas hacen individuos y constituyen las poblaciones –explican Gabriel Giorgi y Fermín Rodríguez–, se anuncia también aquello que resiste, altera, muta esos regímenes normativos: la vida emerge como desafío y exceso de lo que nos constituye como 'humanos' socialmente legibles y políticamente reconocibles" (11).

No es casual, por lo tanto, que sea justamente a partir del reconocimiento de su sexualidad que el narrador salga de la manada y establezca una distinción entre ellos y el yo, un acto que le hace reconocer su pertenencia desde el lugar mismo de la alteridad y la exposición; no es la autonomía del sujeto la que se erige en su individualidad, sino su deuda y su afuera:

This was our last time all five in a room together. I could have risen; I believe they would have embraced me.

Instead, I behaved like an animal.

I tried to rip the skin from their faces, and when I couldn't, I tried to rip the skin from my own.

They held me down on the ground; I bucked and spat and scream my throat raw. I cursed them: we were, all of us, sons of whores, mongrels, our mother fucked a beast. [...]

I said and did animal, unforgivable things.

What else, but to take me to the zoo?" (Torres 117-118)

En esta novela la relación entre lo animal y lo humano nos conduce a una concepción de la comunidad que parte del reconocimiento de la finitud del sujeto mediante la exposición del sujeto individual, lo que “interrumpe su clausura y lo vuelca hacia el exterior” para producir “un vértigo, una síncope, un espasmo en la continuidad del sujeto” (Esposito 32). En *We the Animals*, el narrador quiebra los relatos tradicionales de formación para exponer los embates de un crecimiento que repentinamente lo excluye de una protección y vigilancia familiares: el reconocimiento de su sexualidad *queer* y la intromisión de su familia en su diario personal motivan su reclusión en un centro psiquiátrico y nos adentran en la configuración de una subjetividad mediada por el trauma, la diferencia y la indefinición.

Así como lo humano es una categoría de racialización, así también debe considerarse como una categoría de normalización sexual. Sin embargo, en el texto de Torres, a partir de su exposición, el sujeto no solo se resiste a los modos de normalización de la comunidad, sino también a los discursos que buscan categorizarlo mediante el reconocimiento de su “verdad”. En un relato en el que el cuerpo humano deviene cuerpo animal se produce una resistencia ante las disciplinas biopolíticas que, mediante el control del umbral de lo biológico, aseguran la distinción de lo humano y hacen de la sexualidad un dispositivo de normalización. Por el contrario, desde el margen de la norma y la gubernamentalidad foucaultiana, el narrador inscribe la vida *queer* en el ámbito de la vida orgánica y natural. Si las sexualidades no-normativas han sido concebidas como “contranatura”, Torres configura en *We the Animals* un escenario en el que lo animal y lo *queer* cuestionan la humanidad contra/anticolonial –y las mismas dicotomías humanísticas– desde la que se ha buscado discutir la bestialidad del sujeto caribeño.

El último capítulo, titulado “Zookeeping”, el narrador nos presenta un escenario de cuerpos, materias y voces animales que se confunden y se superponen. En este espacio de garras, plumajes, hocicos y colmillos, lo animal y lo humano se recomponen en direccionalidades y orientaciones afectivas que, en lugar de restituir las diferencias, “arrastra lo humano hacia sus propios límites” y encuentra en lo animal la posibilidad de temporalidades y subjetividades alternativas (Giorgi 257-258). En este espacio no-discernible ni normativo, la identidad pierde el yo como lugar de origen y la diferencia no reside en la inteligibilidad del cuerpo humano, sino en la imposibilidad de sus categorizaciones.

Esta apertura hacia este otro lugar posantropomórfico y poshumano es quizás una alternativa política para pensar los cuerpos y las subjetividades poscoloniales fronterizas, mestizas y diaspóricas que habitan el Caribe, el reto está, sin duda, en entender estas otras materialidades desde sus marcas y traumas, desde el afuera de la nación, pero, sobre todo, desde el lugar político de la extrañeza y la indefinición que encarna el animal como exceso e interrogación de lo humano.

Obras citadas

- Cragolini, Mónica B. *Extraños animales. Filosofía y animalidad en el pensar contemporáneo*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2016. Impreso.
- Esposito, Roberto. *Communitas. Origen y destino de la comunidad*. Trad. Carlo Rodolfo Molinari Marotto. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2003. Impreso.
- Fernández Retamar, Roberto. "Calibán". *Todo Calibán*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), 2004. 19-81. Impreso.
- Giorgi, Gabriel. *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2014. Impreso.
- Giorgi, Gabriel y Fermín Rodríguez. "Prólogo". *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Comps. Gabriel Giorgi y Fermín Rodríguez. Buenos Aires: Paidós, 2007. 9-34. Impreso.
- Jáuregui, Carlos A. *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*. Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2008. Impreso.
- Massumi, Brian. *What Animals Teach Us about Politics*. Durham - London: Duke UP., 2014. Impreso.
- Sánchez-Prado, Ignacio M. "El giro (post)humanista. A manera de introducción". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 34.68 (2008): 7-18. Impreso.
- Torres, Justin. "Introduction. Don't Get Used to It: Queer Literature in a Time of Triumph". *Emerge: 2015 Lambda Literary Fellows Anthology*. Ed. Marissa Johnson-Valenzuela. Lambda Literary, 2016. Impreso.
- Torres, Justin. *We the Animals*. London: Granta, 2011. Impreso.
- Torres-Saillant, Silvio. *An Intellectual History of the Caribbean*. New York: Palgrave Macmillan, 2006. Impreso.

Wynter, Sylvia. “‘No Humans Involved’: An Open Letter to My Colleagues”. *Forum N.H.I. Knowledge for the 21st Century* 1.1 (Fall 1994): 42-73. Impreso.